la
la
la
ddd ia bbb
la

Este texto es parte (la introducción, más precisamente) de una narrativa escrita entre 2010 y 2015 bajo el título de Vaca Profana. En 2021 se presenta (revisionada e ilustrada con fotos de archivo personal) como parte de LMTLT3 para terroristxs, bajo el título de :

LA DIAB LA

Sara Amor

“Porque si vamos a hablar de las criaturas que habitan lo más profundo de este universo, estaremos haciendo un relato auto biográfico, sin duda...”

La Ofrenda

Cuando tenía 21 años, me prendí fuego. No tenía un plan, era solo una idea. Una idea amoral, podríamos decir, o una idea fija. No queria ser santa, no queria ir al infierno, no quería vida o muerte, no tenía nobleza en el acto, no tenía intención de atacar o defender, abrir o cerrar, no tenía ningún sentimiento oculto, no quería autoinmolación como el monje de Saigón, no tenía una protesta clara, pero ciertamente tenía rebelión, ira y furia. En la plena inconsciencia del absurdo en que se había convertido mi realidad, quise cambiar un poco, mucho, todo. No había cambiado nada. Era yo misma en llamas. Excepto que ser ***yo misma*** era imposible en aquel entonces, yo solo existía en el fondo de mi persona, en el alma - podría decir, si creyera en la existencia de espíritus. ¿Una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre? Qué cliché. Tal vez, pero solo si las cadenas que me aprisionaban eran invisibles, los muros eran de teorías y vivencias disfuncionales, eran todas cárceles para los sentidos. Sabía quién era, tal como lo sé hoy, simplemente no lo veía reflejado en el espejo. Estaba cansada de no verme a mí misma y ser vista como ese hombre, que había pasado por la infancia, pubertad, adolescencia y ahora entraba en la edad adulta. ¡Que mentira! ¡Que absurdo! Qué tremenda tontería disfrazada de realidad. ¡Ni siquiera había tenido infancia! Desde los cinco años años que recuerdo haber querido crecer para ser mujer (ya todos me trataban como a un niño), de ver en las revistas de 'humor verde' de Madrid dibujos de 'mujeres hermosas' y decirme a mí misma: "Vaya, que bueno que tenga espacio en el mundo para crecer. Así seré cuando sea mayor. Voluptuosa, fuerte, segura y burlándome de los hombres babosos e hipersexualizantes'. Pensando en la infancia como un período de la vida en donde aún no estamos preparadas pero sabemos que cuando crezcamos podremos ser lo que siempre fuimos. ¿Pero y ahora?

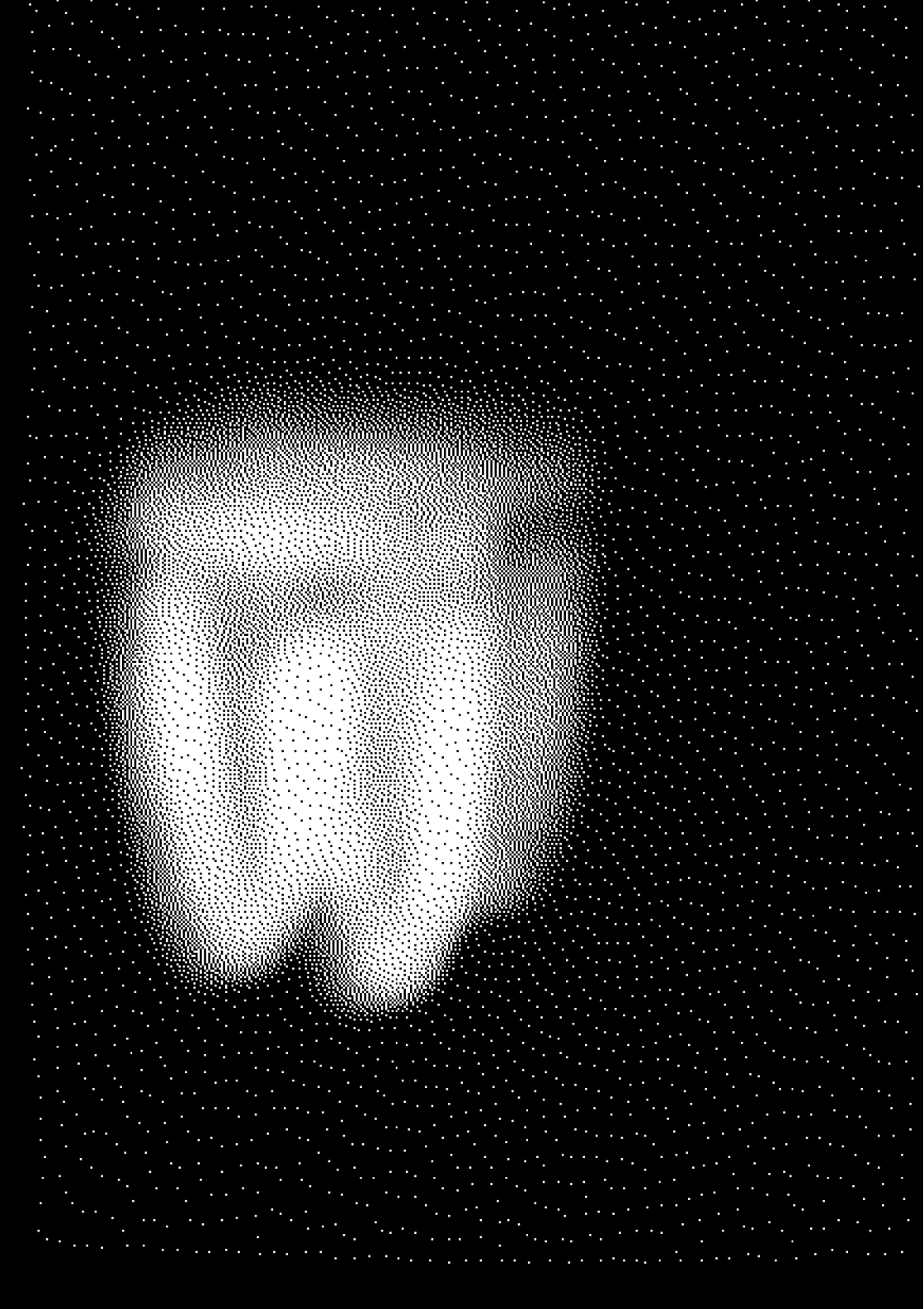
Bueno, ahí estaba yo. Piloteando una nave de carne humana de anchos hombros (a pesar de que huí de las clases de natación inventando un dolor en el brazo que me llevó a la terapia de luz infrarroja y que nunca sanó porque tal vez nunca existió), con una barba espesa (incluso tratando de ocultarla raspandola dos veces al día), con casi 30 cm en cada pie (que no cabían en ningún taco alto), con una garganta gorda (de tanta nuez de Adán), una voz gruesa (que había cambiado de una voz fina de la niñez - como transitando entre extremos) y mi pija (que nunca se habia ido - aunque pensé toda mi infancia que cuando llegara la pubertad, ella iba a dar paso a un coño, siguiendo el camino de mis deseos). Hasta que llegué a la pubertad no supe como se daban las diferencias de género. Pensé que naturalmente nuestros cuerpos se moldeaban a nuestro deseo - y aquí vale la pena decir algo que puede ser significativo: mi deseo en este lugar no era hacia una otredad, por así decirlo. Mi sexualidad solo salió a la superficie mucho después de mi percepción de género - deseo, en este caso, significa exactamente las ganas de sentirme y ser vista como mujer y yo creía que esto iba a pasar ***naturalmente***, no para sentirse deseada por los hombres, sino para sentirse cómoda en mi piel. Mi educación católica no me permitió negar los designios de lo divino. La vida era un regalo, yo era parte de un rebaño de elegidos, mi cuerpo, cuando llegara el momento, iba a cambiar. Pero no. ¡Qué traición, qué falta de humanidad, qué sacrilegio, qué herejía! ¿Como podía dejarme así ese viejo de barba blanca apuntando con el dedo en la Capilla Sixtina? ¿Así? ¿Qué había hecho yo? Me habían bautizado - con el nombre equivocado, lo sé, pero todo bien, no reclame de eso. Había hecho mi primera comunión, había respetado a padre y madre, había cuidado a mis hermanos y mi hermana de la mejor manera que pude dadas las condiciones. Había creído y pedido paciencia para soportar las pruebas, me habían confundido pero igual pretendía ser un niño, siendo varias veces castigada por no

hacerlo bien, pero ¿esto? Solo podía ser una broma. Una gran broma. Me hubiera gustado haber tenido la oportunidad de estar con otras chicas. Ojalá. Que me hubieran visto como otra chica, no tener que pensar que las estaba engañando cuando jugaban conmigo, cuando hablaban cualquier cosa conmigo, cuando me miraban, cuando me besaban, solo porque no sabían que yo también era una niña. Ojalá. Me hubiera gustado no avergonzarme de mi cuerpo, no querer morir desde que tenía 8 años, no sentirme como la peor persona del mundo cuando mi primera novia me preguntó si me había bajado la regla y yo, ingenua, dijo que todavía no. Ella se echó a reír. Que chiste. Los hombres no menstrúan. Que gran broma. Lo peor es que realmente estaba esperando. Sabía que un hombre no menstrúa, eso era todo. Yo no era un hombre. No debería ser así. Quería creer en el milagro de la bondad divina, en el absurdo del mundo, no por su violencia, sino por su belleza, su plenitud del deseo. Ojalá. Mi deseo no era un pecado, era real y natural. Joder. No gané nada. No tenía nada. Ni siquiera me tenía a mí misma. Nunca volvería a recuperar el tiempo perdido. Yo no iba a poder volver a crecer, no podía volver a nacer, no volvería a tener mi pasado escrito. Estaba cansada de automutilarme, de pensar en el suicidio todos los días, de no sentirme bien en mi propia piel y sin tener a nadie con quien hablar de ello. Perdida y sola.

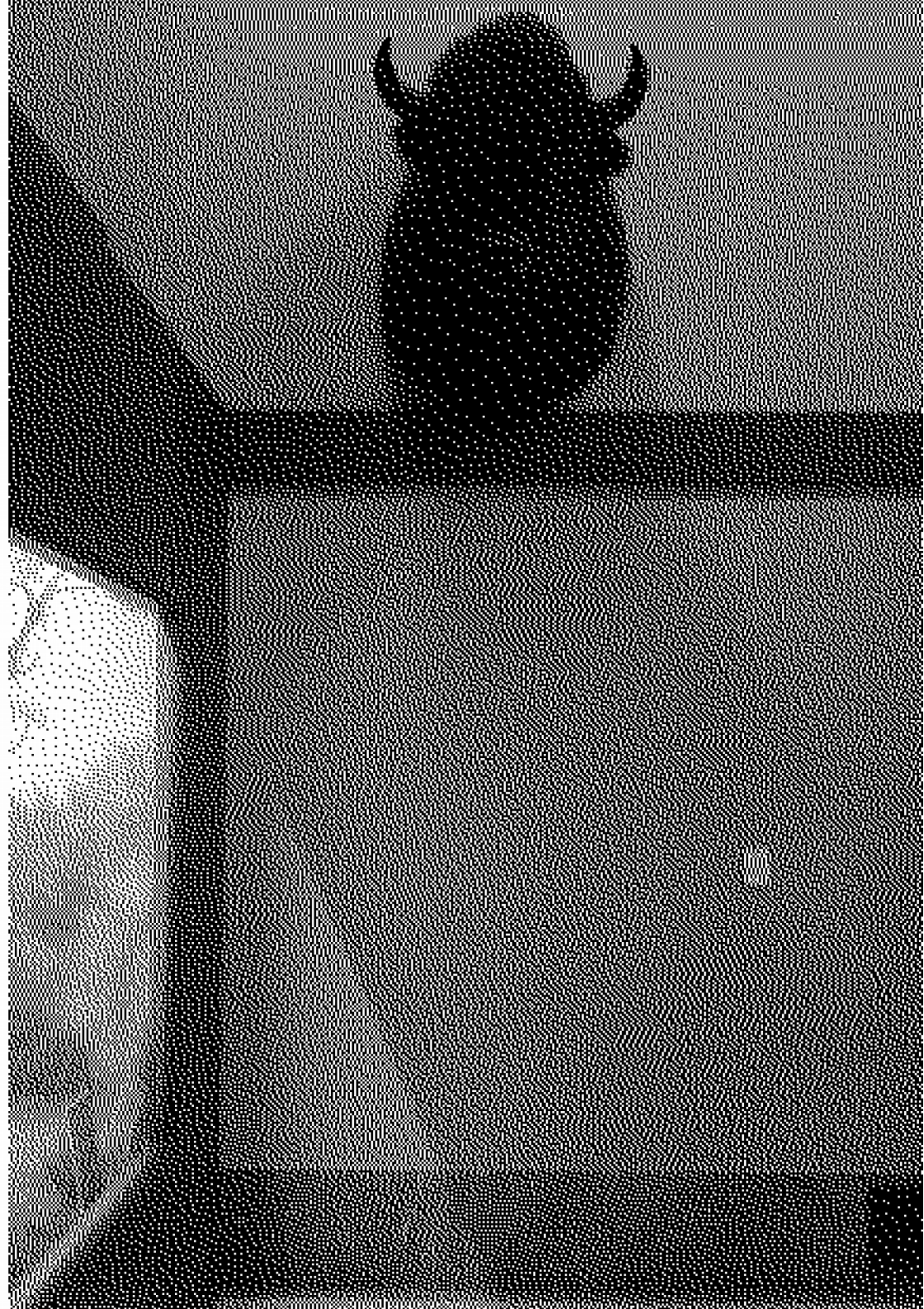
Cuando tenía 21 años, estaba cansada y le prendí fuego a mi casa. Lo qué nadie sabía es que había estado en llamas durante mucho tiempo. Herencia. Solo tomé lo que me habían dado y lo hice mío. No se miran los dientes a un caballo regalado, dice el dicho. Porque otros muchos dichos pasaron por mi mente en ese momento, pero no pregunté nada, si era lo que merecia, era lo que iba a tener. Debe haber personas que piensan que es simbólico, como un exorcismo, como si para librarse de una plaga se encendiera un fuego y al ver que el la plaga es grande, se deja que todo arda. No tenía paz. Vivía en guerra. El bondi de la destrucción ya venia:

"Tengo un ojo de tigre,
Y garra de león
Veneno de serpiente,
Cola de escorpión.
Ladrillada en la cabeza,
Tiro, bala de cañón,
Pelea de navajas,
Bondi de la Destrucción ”

Tenía muchas ganas de derribar la casa. Que toda su estructura colapsara, que sus cimientos se fundieran con el suelo, el techo se derrumbara y el vidrio se rompiera, esparciendo esquirlas en los jardines, que el humo se elevara a los cielos para irritar las narices egoístas de los dioses, no solo de los dioses, especialmente del dios padre (que él supiera que yo también sabía hacer bromas), que la luz y el calor del fuego sirvieran al menos para calentar mi corazón, que ya estaba tan cansado, y alumbrara un poco mi camino, que era tan oscuro. Que no quedara nada humano, que lo que solía ser ahora fuese carbón y restos, que con el tiempo también serían parte de otra cosa, un bosque, un desierto, un río o el fondo del mar. No quería esperar el lento paso del tiempo, las frías aguas de la plácida modernidad que modela valles y sala mares. No quería estar más de acuerdo con los ladrillos, que gritaban en las noches, con las



ventanas que se acusaban de traiciones y abandonos, con los hermosos mosaicos de privilegios acumulados por la esclavitud y el genocidio, con el silencio de las cenas, con la mesa, las sillas, las puertas cerradas en cada habitación, los baños enmohecidos, el sofá, italiano, tapizado con hermosas plumas de silencio, el domingo (y lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado), el televisor, que siempre decía que todo iba a salir bien. Que todos los Febreros invadía mis ojos con su carnaval. Procesión de carnes paganas, como la mía, llena de sus mulatas perfectas hechas por el mismo dueño de ingenio que hacía azúcar y café. Maldito Sargentelli, bendita Vera Verão, oasis en mi memoria de disidencia y anormalidad, junto con Roberta Close - pero al mismo tiempo maldita la plaza, que no era mía, la maldita heteronormatividad que solo permitía cumplir con una cuota de 'freaks' mostrándola - divina para mí - pero profana para todo el mundo. Hecha para reírse, la diversidad como broma para que los heterosexuales se rían. El espejo es nuestro. Maldito carnaval que invadió toda mi casa en Febrero, mojando las paredes, inundando la habitación, empapando el techo y creando goteras de transexualidad, travestilidad, *viadagem*, montación y afectación, gala-gay, bailes de máscaras seguidos siempre por la secuencia de chistes homofóbicos (y transfóbicos y racistas) habituales.¿Libertad emancipatória o catarsis colectiva ante lo que no se puede o quiere cambiar? ¿Permiso temporal del 'jefe' para enamorarse en la gandáia, permiso para reír?¿Un festival de zombis sexuales con contratos de papel picado?¿O una semana de pases gratuitos para nosotras, las "monstras", y luego volvemos al callejón, al armario, a la muerte?



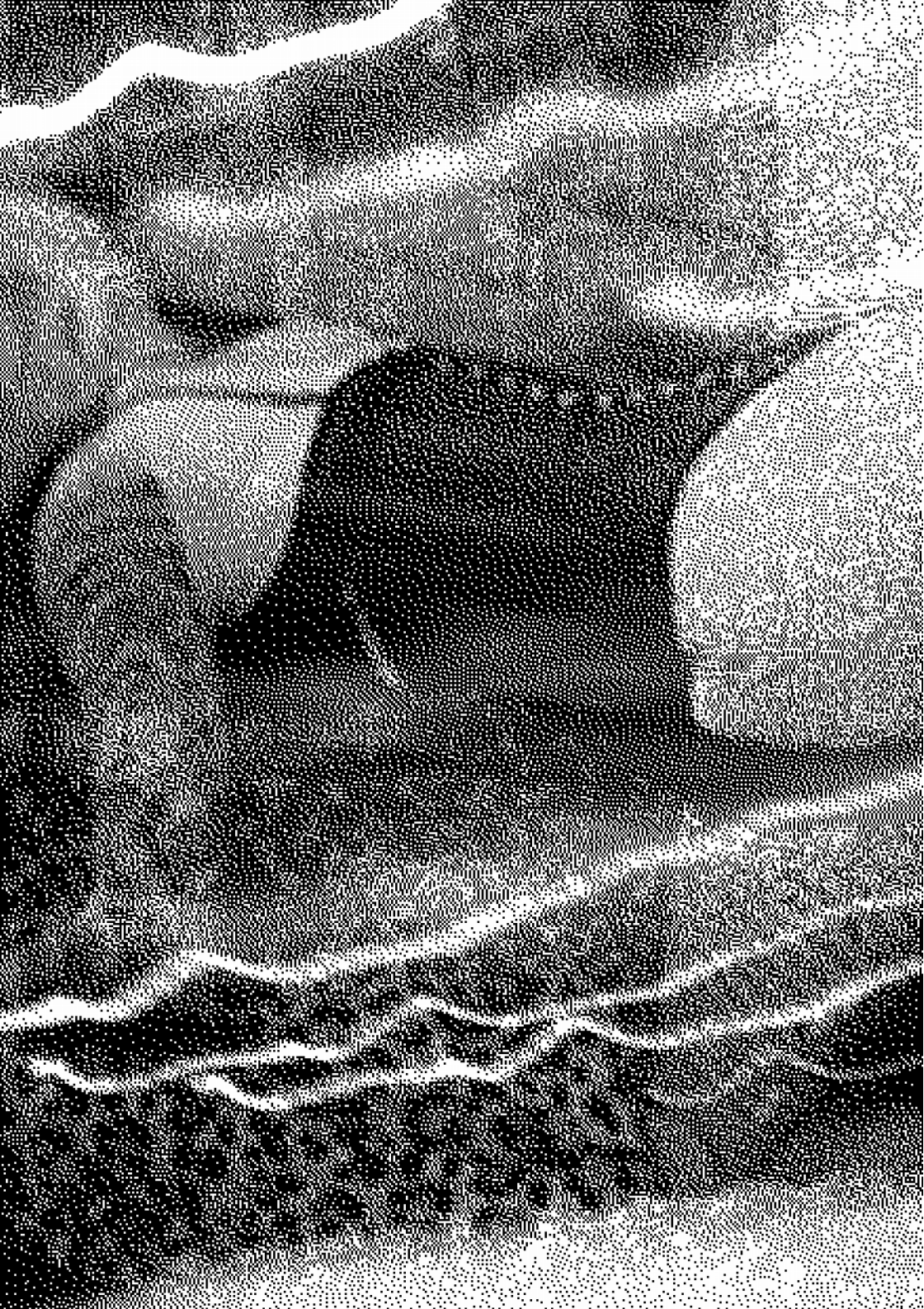
¡El castillo está en llamas y ellas están descontroladas!

The roof, the roof, the roof is on fire! We don't need no water let the motherfucker burn!

Parecía una casa desde fuera. Tenía techo, piso, *pinico* y paredes, tenía un número, lo tenía todo. Y al mismo tiempo, no tenía nada. Si era una casa, no era una casa muy divertida. Ciertamente no era un hogar.

Cuando tenía 21 años, estaba enojada, cansada y prendí fuego al mundo. No quería que me vieran, no quería pertenecer, no quería risas ni pena. La ira es un sentimiento colérico, que enciende y destruye, y bueno, que así sea. ¿La gran broma era estar aprisionada? Haber perdido el tranvía? Yo también podía hacer humor con el mundo. Y el mundo me miró. ¿Y? Y nada. El mundo no cambó, solo estubo en silencio por un tiempo, después continuó con sus asuntos, esperando que el fuego se apagara para comerse su plato frío de venganza. Para decirme que tan mal estube, que “eso no se hace, que nadie puede incendiar el mundo así, por algo existen las reglas, los pactos no dichos, los acuerdos entre caballeros. Esto no es gracioso”. Vayanse a la mierda! La única ley es la muerte, el resto es hipocresía. Tendré mi pago cuando sea mi momento, mi jueza seré yo misma y mi sentencia ya me ha sido dada. El mundo es un lugar hermoso, lleno de alegría, todos esos árboles, el mar, el cielo, la bondad innata de los indios, la cordialidad de la gente. Como el dibujo de un niño, con un arcoíris y todo. Debe ser. Nunca lo fue para mí. Qué rabia. Este cuerpo espantoso, esta maldita voz ronca, la mierda de la capucha que no me queda. Vayanse a la mierda! En los círculos, desde la infancia, cualquier desviación era castigada. Si te tirabas un pedo, puto. Si desmuñecabas, marica. Si no escupías en el suelo, si no te burlabas de los demás, si no mirabas a las mujeres, algo había. Maldita policía. Militares escondidos. Malditos creyentes sin dios ni madre que solo saben cuidar el polvo ajeno desde que llegaron al mundo. Vayanse a cojer! O no, mejor no cojan, mueran secos. Sigan mirando y soñando con los polvos de les desviades. Con esa maravillosa y divina polla que resuelve todos los problemas de la gente mal comida y enrustida. Con el falo siempre presente, siempre duro y benévolente con el culo de los creyentes. La vara de corrección de dios. No hay nada más machista que pensar que pija resuelve los problemas. Y lo escuché en boca de todos los que

tenían la edad suficiente para unirse al coro. Por supuesto. El mundo ve fuego y ya piensa: ¡infierno! Solo date por el culo que pasa. El cielo es una inmensa nube lleno de pijas para estos, supongo. ¡Es falta de rollos! Me hierve la sangre. El mundo me hierve sangre. No el mundo en sí. El colectivo humano, esa masa sin forma, sin nombre, sin cabeza, que come y caga, me hierve la sangre. El patriarcado sexista cis-heteronormativo violento y creyente me hierve el sangre. Me hace enojar. El fundamentalismo me enoja. La ceguera me hace enojar. Y no es un enfado cualquiera. Mi ira es salvaje, de mujer traicionada, de abandonada madre soltera, de víctima de violación colectiva, de malditas cogidas correctivas, de vidas lésbicas en el armario, de matriarcas decapitadas, de amantes ahogadas, de putas muertas a golpes en la la oscuridad de la noche, sin justicia ni perdón, de travestis asesinadas a punta de cuchillo por novios celosos, de niñas con himen cortado, de coito ininterrumpido, de coitos no interrumpidos, a gritos, a pesar de las súplicas, de la sangre menstrual que se convirtió en culpa y suciedad, de cuerpos de sirena cortados por la mitad, en la arena, de brujas en la hoguera.



Cuando tenía 21 estaba muerta, enojada, cansada y prendí fuego a todo. No quería saber de más nada. Prendí fuego a Buda, a Jesús, a Moisés y a Mahoma. Prendí fuego a la Biblia, la Torá, el Corán, en el maldito padre Abraham. Le prendí fuego a Dios, ese sexista, en su fe, en su hijo y en el maldito espíritu santo. Prendí fuego al fantasma del pasado, del fascismo velado, a todos los países del futuro. El universo ardió, Mercurio y Marte se miraron, Saturno regresó y la Tierra gravitó a mi alrededor. Prendí fuego a la Luna, reavivé el Sol, me convertí en una supernova, una gran enana roja, una estrella fugaz, el último y más grande agujero negro de galaxia, la que se lo traga todo. Quemé barrios enteros, ciudades más grandes que Hiroshima y Nagasaki, prendí fuego a países y naciones soberanas, me comí al Leviatán y arrojé fuego ardiente en las estructuras que lo sostuvieron, que sostuvieron al mundo, que sostuvieron al sistema. A la derecha fascista, la izquierda antifascista, en la mierda del subibaja europeo poscolonial que no sabe si folla o si sale de arriba, siempre con la ayuda de los nuevos señores de las capitanías hereditarias. Prendí fuego al nuevo colonialismo mesiánico con sus salvadores teóricos rusos, sus ejemplos vascos, sus ideales franceses, su puntualidad británica, su seriedad germánica, su sangre latina. Los quemé a todos. Esa vieja tortuga que caminaba en el patio interior de la casa de mi abuelo, Mónica, murió quemada, cómo también se quemó esa tortuga que sostiene el mundo. Atlas murió. Sansón murió. Las cenizas de Electra se esparcieron por las cuatro esquinas del cosmos. Incineré el Coliseo, las ruinas de Pompeya se convirtieron en polvo. Aristóteles, Platón y Sócrates se revolvieron en sus tumbas. Prendí fuego a continentes enteros. Evaporé las aguas de océanos, mares, ríos y manantiales, hasta la última gota. Cogí toda la tierra como si fuera el Punto G de la galaxia. Apreté la polla del mundo hasta que saliera la última gota de su semen posmoderno hecho de información blanca que fluye hacia mi boca.

Leche con sabor a futilidad, ambición vacía y descuido con todos, leche con sabor a margarina, a comercial de familia perfecta, leche con gusto a sangre y huesos de viejos cementerios expropiados para que construyan edifícios! No solo edificios, condominios! ¡No solo condominios, centros comerciales! Le hice una última paja con mis enormes manos a "la polla del Banespa", a la "Empire State Dick", a la "Pica Eiffel Tower", al edificio más alto del mundo que estaba a punto de construirse en algún lugar del *tercer mundo en desarrollo*, que de hecho servía de alivio y esperanza para todes nosotres subdesarrollades: seremos el falo de la tierra un día! Un mar de semen en mi que se desbordó y todos los falos del mundo se ablandaron. Cayeron las torres gemelas. Me lamí los labios, recogí la leche que estaba en mi cara con mi dedo y me la tragué toda. Y cuando esa mierda bajó por mi garganta profunda, formó el sonido de un grito primitivo de goce y terror. Quemé el mundo. Prendí fuego al espacio y al tiempo y todo se detuvo.

Estaba enterrada, muerta, enojada y cansada. Prendí fuego a todo, en el mundo, en mi hogar, en mi misma.

'Y no vi nada más'.

Miento que no vi nada más. Yo sí vi. Vi más de lo que podría haber pedido ver. Vi más de lo que quería ver. Mi visión estaba completamente fuera de control y fui la primera en intentar apagar el fuego, pero no pude, ahora era demasiado tarde, estaba consumida y consumada. Como profecía auto cumplida, estaba predestinada a emergir de mis cenizas. Si fueran mis cenizas, porque lo que quemé no era mío, ni yo, ni mi hogar, ni el mundo, ni todo.

Era la nada.

Sara Amor
2021